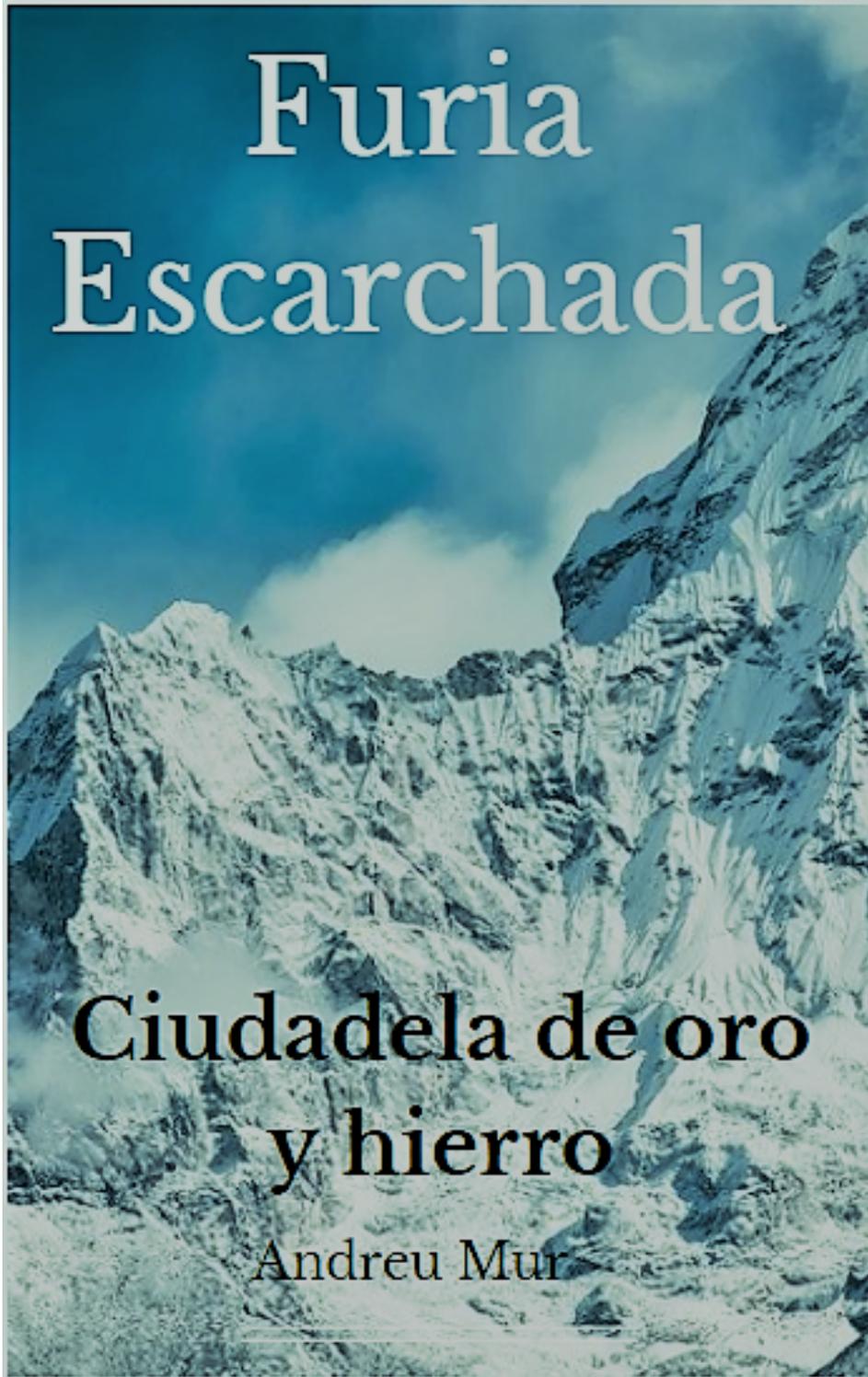


Furia Escarchada "Cap. 4"

Andreu Mur Molina



# Capítulo 1

Furia escarchada

## **-Prólogo**

### **-“Momentos antes del Conflicto”**

No había indicios de que aquella delicada lluvia de copos escarchados sucumbiera ante el sol abrasador. La fina capa de nieve se acumulaba lentamente dificultado poco a poco cada paso que avanzaban. Los corceles relinchaban de frío, acostumbrados a las cálidas brisas de las costas, la nieve era todo un nuevo reto para ellos. Era sorprendente ver cómo en cuestión de horas el cielo empezó a nublarse y frías corrientes de viento azotaron los páramos desérticos de Nozdürick. Hacía décadas que no llovía por estas zonas y menos que nevara. Era un fenómeno hermoso de apreciar, aunque dada la situación, no era momento para sentimentalismos.

—¿De verdad que no te preocupa?— notaba un leve picor en la nariz, parecía que quería estornudar, pero por mucho que lo intentara, nada daba indicios de que iba a salir de ahí dentro. —Creo que deberíamos volver, esto no me... me... — se llevó las manos al rostro y estornudó bien agusto. Con el leve movimiento de la cabeza se golpeó la frente contra su viejo yelmo. Al parecer le dolió el impacto frontal. —Huy...— Sacudió de nuevo el morrión hasta poder ver a través de los dos pequeños agujeros, la mujer que le acompañaba seguía cabalgando firmemente observando como la nieve se desprendía de su cabeza. —Como te estaba diciendo, esto no me gusta nada — Murmuró el hombre que cabalgaba lentamente cubierto por una armadura desgastada de colores plateados y dorados. En su hombrera derecha se podía apreciar un pequeño nombre, “Zaurus” (escritura característica de los soldados de alto rango).

—Santo señor, mira que eres torpe — murmuró a la par que sonreía dejando relucir su pequeña dentadura. Tras ello, no pudo aguantar las carcajadas. —Es solo nieve, no podemos retirar las tropas por una sandez así. Suficiente embrollo nos ha supuesto organizar esta expedición para volver con las manos vacías — contestó su acompañante cubierta por una armadura similar aunque más cuidada. Por la voz se deducía que era una mujer joven. Al igual que su acompañante, en su hombrera derecha se apreciaría una característica escritura “Serena, Comandante de oro”. Al parecer, esa no era la respuesta que esperaba nuestro anfitrión, comprendía su punto de vista, pero, ¿solo nieve? Cómo podía ignorar la importancia de este curioso fenómeno.

—No, no, no...— dio dos golpecitos en el lateral de su corcel y se aproximó un poco más a la posición de la muchacha. —Escúchame bien jovencita— se quitó el yelmo mostrando un rostro de preocupación adornado con una tenue mirada. —Es obvio que nuestras tropas pueden soportar un poco de frío en sus carnes, no estamos hablando de cualquier

reino, pero sabes perfectamente que esa no es la razón por la que te brindo estas palabras— reflexionó aquel corpulento soldado sin mostrar pizca alguna de alivio. —Me refiero a que nunca había visto nevar por estos páramos y aún menos en pleno solsticio de verano. Estoy seguro que se trata de...— Con cierta sutileza, observó los alrededores asegurándose que ningún fisgón metía las narices en sus asuntos. Al ver como todos los soldados fijaban la mirada en aquellos delicados copos de nieve abrumados por aquel nublado cielo, con aquella misma delicadeza, devolvió rápidamente la conversación a su acompañante. —Como te decía... Creo que se trata de magia y muy curiosa a mi parecer — susurro con cautela evitando crear alboroto entre sus tropas. Lo último que necesitaban era llenar la mente de los soldados con dudas y fantasías indeseadas. —En mi último viaje he conocido seres muy curiosos y gente muy “poderosa” — añadió resaltando la última palabra descaradamente — y cuando afirmo gente muy poderosa, no estoy exagerando lo más mínimo y a pesar de ello, te aseguro que nunca antes había oído hablar de un fenómeno tan atípico... — Tras esas serias palabras, tosió de forma franca y dejó que su tono grave y directo la hiciera reflexionar. Al ver como su acompañante no respondía a sus afirmaciones, lanzó una última pregunta rebosante de dudas e inseguridades. —Serena, ¿de verdad crees que esto saldrá bien?— De alguna forma conseguía transmitir todos sus miedos de forma ordenada y concisa.

Serena suspiró lentamente y fijó su visión a su alrededor. Tal vez el cielo no brillaba como de costumbre, pero sus ojos se llenaban de esperanza y vitalidad cuando perdía su firme mirada en la inmensidad de aquel grandioso ejército que ella misma dirigía con honor y gloria. No un ejército como el de los enanos, llenos de reclutas toscos y ebrios camaradas donde el desorden abarca en cada rincón de las formaciones. No, no, ni mucho menos. Se trataba de un ejército humano, sin imperfecciones, con hermosos y elevados estándares y a rebosar de honorables caballeros y justos paladines, como nuestros dos servidores al mando. Esas multitudes eran dignas de orgullo, no había nada de que temer y todo ello Serena lo sabía.

—Zaurus, vamos, confía en mí. Nuestro enemigo apenas tiene alimento para abastecer a su población, ¿Cómo narices van a provocar todo esto?— Como gesto de respeto también se quitó su yelmo, dejando a la luz su característico rostro cubierto por una larga melena dorada. Al fin y al cabo, Serena no era una persona cotidiana como se solía llamar. Era una mujer fuerte, admirable, audaz y si, tal vez hermosa, pero esa no era la principal razón por la cual obtuvo su característico emblema. Siempre destacó entre sus compañeros, ya sea por sus artes sagradas o por ser hija del famoso héroe de Veraz. Pero si algo definía a esa joven muchacha de corazón resplandeciente, era su fe. Su fe en los suyos, en sus obligaciones y por supuesto, en sus creencias.

—¿Sigues con dudas?— preguntó de nuevo la muchacha. Sus ojos castaños se enfocaban en Zaurus, esa mirada era capaz de transmitir aquella ansiada tranquilidad que tanto esperaba conseguir el corpulento

soldado de su comandante, o mejor dicho, de su pequeña hija, aunque ya no era tan pequeña. —Piénsalo bien grandullón, si volvemos seguro que te arrepentirás. Te conozco demasiado bien — murmuró entonando un tono irónico aunque agradable. —Llegaríamos a casa, prepararías esas deliciosas gachas que siempre cocinas los días que las cosas no salían como yo quería y te emborracharías hasta que todo nuestro vecindario llamase a la puerta por el escándalo que provocabas cantando baladas de no sé qué reino... — Cada vez sonreía con más facilidad. Una sonrisa contagiosa, al parecer. —Bueno, y todo eso si Dodrian no está por la ciudadela, claro. Entonces sí que podía pasar cualquier cosa... Solo hace falta recordar aquella vez que los Verdeluna nos invitaron a la ceremonia del nacimiento de su pequeña.— Miró fijamente a los ojos de su acompañante y esperó a que continuara la conversación, aunque al parecer, no daba indicios de recordar aquella curiosa anécdota. —¿No lo recuerdas?— preguntó sorprendida —Yo tendría poco más de doce solsticios de vida y recuerdo que tú aún solías frecuentar todos los días el Ojo de Gato... Suerte que dejaste ese mal hábito.—

—Espera, espera— Interrumpió Zaurus con los ojos llenos de vitalidad —¿Hablas de cuando Niril robó a esos enanos aquellos pétalos de Turtosa pensando que eran hojas de lupida? ¿Tanto hace de eso?— cuestiono alterado tras darse cuenta como aquel simple recuerdo que semejaba haber ocurrido hace unos días se le escapaba años atrás.

—¡Sí, exacto! — Exclamó entusiasmada al ver que recordaba parte de aquel acontecimiento. —Dodrian arrasó en el banquete y por culpa de tu asqueroso orgullo, terminaste inconsciente en medio de la ceremonia... Fue una falta de respeto hacia los Verdeluna, suerte que Darren percibió dichos actos con alegría— tras esas palabras, suspiro de forma agotada y observó a su padre sin aún lograr comprender cómo narices no terminó dentro de los calabozos. —No sabes lo que me costó limpiar el famoso nombre de "Zaurus" tras ese día. La gente dudaba si llamarte el Héroe de Veraz o el bufón de la nación.— La conversación empezó a coger un rumbo más formal, se podía percibir cómo la tensión desaparecía del ambiente. Sus rostros volvían a brillar como en aquellos días llenos de nostalgia.

—Héroe de Veraz... Ni cuando muera dejaran de llamarme así...— Reflexiono poco agradecido. —Por suerte, todos esos ingratos ya tienen a otra figura ejemplar a la cual alabar y por lo menos, mucho más sensata y decente que mi persona— añadió fijando los ojos con una pícara mirada a su compañera. —No sé cómo lo haces, siempre terminas sacándome una sonrisa o por el contrario, de quicio.— Con esa inocencia, el pobre soldado era incapaz de llevarle la contraria. Cinco segundos a su lado y todos sus miedos desaparecían con un agradable sabor de boca. —Con razón fuiste nombrada mano de oro... Más perspicaz no puedes ser— meditó la situación por unos segundos y con unas palabras aún llenas de dudas, decido darle la razón, como siempre había hecho. —Esta nieve... Espero que estés en lo correcto, pequeña. Por el bien de todos.— Se frotó su castaña cabellera, dejando caer la nieve al suelo, se equipó de nuevo su yelmo y aceleró el ritmo de su montura abriéndose paso entre las filas

aliadas que seguían el paso a pie. —Voy a adentrarme un poco más, me ocuparé de la formación del norte, seguro que algunos miserables deciden separarse de su posición y acercarse a las tabernas de Tormeraz. — en ese momento un agrio pensamiento lo embargó. —Por cierto, ¿cuántos sectores eran?—

—Sobre unas diez docenas, ¿No prestaste atención ayer?— Dijo la joven acompañada de una mirada fría y apagada.

—¿Solo?— preguntaba sorprendido. Observó de nuevo el alrededor y con un tono vacilón continuó la conversación. —Pero si no puedo ver el final donde desaparecen las tropas, como van a ser solo diez docenas.—

—¡Por formación, hombre! Por formación...— Cuando se trataba de Zaurus (que era más propenso de lo que pensáis), todo se resumía en tres palabras. Caos, ultrajes y sentimentalismo. No se podía negar que era una de las personas más fuertes y valientes que Serena conocía, pero como todos los humanos, elfos e incluso enanos, era único a su manera.

“Siempre me deja sin palabras...” Se repetía a sí misma. De alguna curiosa forma esa agradable sonrisa no desaparecía de sus mejillas.

No parecía que le diese importancia a las últimas palabras de su hija (al fin y al cabo, nunca fue su fuerte ser un padre ejemplar). Se adentró entre los soldados que lo observaban con cierta envidia cómo gozaba de su comodidad y aceleró el ritmo de su corcel. Tras tantas horas sin descanso llevando una pesada armadura y resbalándose en la nieve, cualquiera diría que no a una agradable montura en la que descansar y observar con superioridad al resto de compañeros. “Seguro que matarían por esta comodidad y eso que llevo años sin pisar estas tierras... ¿De verdad me la merezco?” Pensaba en silencio mientras se adentraba más y más en esa jungla de emblemas.

En el último momento, detuvo en seco su corcel de castaño pelaje y giró la mirada hacia su compañera. No podía verla entre tantos estándares y carruajes, pero sabía que estaba cerca. —¡Hazme el favor y no le quites el ojo a ese renacuajo!— Todo el mundo a su alrededor se percató del grito y observó al sujeto en cuestión.

Serena poco tardó en escuchar los bramidos de su padre, dejó sin palabras al resto de la formación. Muchos no percibían de buena manera esas formas de hablarle a una comandante, aunque para Zaurus, lo último que se le venía a la mente al pensar en su hija eran los logros y títulos que la adornaban.

No se lo pensó dos veces. —¡Tranquilo Zaurus, sabe cuidarse solo, no te preocupes!—Seco su larga melena, dejó las riendas de su corcel sueltas por un segundo y se dispuso a esconder su rostro del frío con su brillante yelmo dorado.

—¿Preocuparme?— Murmuró sorprendido. Tras esas palabras, como si la conversación no fuera con él, empezó a reír sin control. Daba la impresión que le habían hecho gracia las últimas palabras de la comandante. —Por mí como si se lanzara él solo contra Isoldür... Mientras no lo joda todo, que haga lo que quiera...— Continuó la marcha mientras susurraba

apretando las riendas. Notaba que sus palabras desprendían un ligero vaho, empezaba a refrescar demasiado para su gusto.

Las frías corrientes de viento acariciaban las formaciones majestuosas de Veraz, la famosa ciudadela de oro y hierro que tanto renombre había generado por cada rincón de este misterioso mundo. La nevada no transmitía tranquilidad entre los soldados, era cuestión de tiempo que se escucharan las alertas de ataque dado que peleaban en territorio enemigo. Por suerte, la vegetación era nula por los alrededores, evitando una posible emboscada y dejando una única posibilidad, el enfrentamiento cara a cara.

Zaurus temía por el posible desenlace, pero no era la victoria la que le preocupaba, dado que Veraz contaba con uno de los mejores ejércitos jamás armados. Con más de tres mil soldados dorados dirigidos por la mano de oro y figura del consejo, Serena, hija de Zaurus, antiguo héroe de guerra. Además, disponen con las cinco manos de hierro, comandantes de las tropas de hierro, encargadas de proteger la gigantesca ciudadela. Una gran nación inexpugnable desde todos los ángulos sin duda.

La rebeldía de monarca Grover ante el nuevo orden del consejo no fue percibida con buenos ojos entre los representantes. A diferencia de Isoldür, los reinos vecinos de Targanta y Surzul no se atrevieron a cuestionar la división de poder entre las seis grandes figuras y aunque algunos no aprobaron de primera mano la supremacía de un consejo de sabios por encima de la línea de sangre de cada monarca en cuestión, fue suficiente la alianza con el reino de Kyürem para comprender que es favorable tener a tus rivales como aliados antes de enfrentarte a ellos.

Nadie podía negar que el transcurso de los últimos años rebosaba en incertidumbres y posibles desenlaces de futuras consecuencias, puesto que la revolución del grandioso reino de oro y hierro cortó de raíz alianzas y costumbres nunca antes cuestionadas. Es ahí cuando todo temor empieza a dar sus primeros pasos, puesto que aquellas posibles consecuencias habían llegado y como es de costumbre, las consecuencias conllevan a problemas y los problemas conllevan a conflictos...

-“Si lo que buscas es paz, no hay nada como Veraz”.  
Y ahora por fin lo puedo entender...-

## Capítulo 2

### -Capítulo 1. Zaurus

#### -“Tres días para el conflicto”

Esa noche las calles desprendían un sentimiento lleno de nostalgia para nuestro anfitrión. Cada paso en el agrietado suelo recorría todo su cuerpo hasta salir por la boca en forma de un leve suspiro. Esa agradable sensación, esa cálida caricia, esas ganas de devorar el mundo... Se sentía aliviado, necesitaba más.

“Al fin ha llegado el día, el gran día...” pensaba en silencio mientras comprobaba su aliento. Lo último que deseaba era asustar al personal con su descuidada apariencia. Apenas recordaba la última vez que lavó sus sudorosas prendas, descoloridas y con un toque de fragancia masculina. Más que un trotamundos semejaba un mendigo, de esos que al mínimo contacto hacen desaparecer tu bolsa de oro.

Ningún habitante de esa viva ciudadela le prestaba atención, con esas pintas, raro sería que reconocieran a su característica persona. Todos tenían asuntos más importantes en los que centrarse. Los mercaderes recogían sus productos y se aseguraban de dejarlos a buen recaudo, dado que nadie quería a indeseados merodeando por el mercado de noche. Afortunadamente, las patrullas de la guardia de las manos de hierro recorrían las calles en formación, asegurándose de que a la mañana siguiente los tenderos pudieran llegar a sus establecimientos y sentir aquella tranquilidad que tanto gozaban todas las mañanas. No siempre había sido así, en una época no muy lejana las calles pertenecían al más fuerte, no al más hábil. Por suerte, esos oscuros tiempos ya habían terminado y pasado a ser un simple recuerdo.

Aunque eso es otra historia...

Él solo atravesaba las multitudes con calma y con una contagiosa sonrisa camuflada bajo su poblada barba. Observaba cómo poco a poco los hogares empezaban a cerrar las puertas dejando de par en par las ventas, aprovechando aquellas frescas corrientes de verano previas al anochecer. Los míticos maullidos de los gatos recorriendo los tejados rompían el silencio de las callejuelas más estrechas y oscuras. No podía evitar apreciar cómo los mínimos detalles de aquella plaza tan llena de nostalgia seguían igual que el día que inició su marcha. Hasta las rocosas paredes desechas le recordaban a su querida infancia. Todo era igual, tranquilo, cotidiano, como a él le gustaba. Daba la impresión de que el tiempo se había detenido durante su última expedición, como si aquellos cinco años de travesía hubiesen sido un leve suspiro. Un simple cerrar de ojos.

Las tabernas gozaban de clientes de todo tipo, los estruendos no cesaban, se escuchaba cómo festejaban y cantaban baladas de todos los rincones. Parecía que era una noche para recordar y celebrar, y al parecer, todos los

habitantes de Veraz lo sabían.

Era tentado entrar y servirse una buena jarra de hidromiel, pero se hacía tarde, nuestro amigo no quería hacerse esperar.

Mientras se adentraba cada vez más en la ciudadela, la iluminación empezaba a mejorar, las callejuelas cada vez eran más anchas dando lugar a reconfortantes paseos. Las tabernas desaparecían dando lugar a humildes escuelas y aburridas bibliotecas. Los ciudadanos parecían ir mejor vestidos, y alimentados. La diferencia de vivir en el centro y no a las afueras era notable, como en todos los rincones del mundo.

Poco a poco, la nostalgia empezaba a transformarse en un agrio sabor de boca. Tan rápido como recuperó esa pequeña felicidad, desapareció entre miradas de reojo de su alrededor y cuchicheos de desconocidos. Sus pensamientos se contradijeron al igual que su alma, no sabía que pensar. "En el fondo puede que Veraz haya cambiado en algo" murmuraba para sí mismo, pero, todavía no sabía de qué se trataba.

Al cabo de unos andares más, rápidamente se percató. No puedo evitar sonreír. Se detuvo y apreció ese momento con calma, por fin llegaba a su antiguo hogar. No podía creer que en la ventana más alta de la casa de al lado, su vecino siguiera en la misma posición fumando como había hecho todas las noches a lo largo de su vida cotidiana.

Estos últimos cinco años no habían pasado rápido, aunque tampoco lentos. Sentía esa ambigua sensación de miedo mezclada con un toque de ansiedad y alegría, pero no había tiempo para dar más vueltas al asunto, el momento había llegado y sabía que lo bueno aún estaba por suceder.

A lo lejos se apreciaba una figura femenina reposada en la puerta principal de su querido hogar, no podía distinguir quien era, pero en el fondo se lo imaginaba.

De repente, la misteriosa figura se movió y empezó a correr hacia su dirección sin miramientos. -¿Zaurus? ¡Ya era hora! Te esperaba esta mañana.- Gritó con ese delicado tono de voz a lo lejos mientras corría cada vez más rápido. Sin esa pesada armadura tan característica, parecía otra persona. Incluso su rostro daba la impresión de haber cambiado.

-¿Serena?- Respondió con un tono de alivio. Se colocó bien el cinturón y se subió aquellos sucios pantalones grisáceos de tela.

Quería dar la mejor impresión que podía, aunque dado que llevaba días sin darse un baño, sabía que era una misión perdida.

-Por las barbas de Anduin.- Exclamó sorprendido al ver cómo había crecido su pequeña estos últimos años.

No movió ni un dedo. Esperó a que se acercara y con cada paso que la muchacha brinda, sonreía un poco más. Él quería mostrar que seguía siendo el hombre duro que no se dejaba llevar por las emociones, seguro de sí mismo y algo egocéntrico, pero en el fondo no podía evitarlo. Ese rostro tan familiar era su punto débil, faltó poco para ver salir una lágrima de sus ojos.

Cuando por fin nada se interponía entre él y su esperado reencuentro, la

joven saltó a sus brazos y se dejó llevar. Lo abrazó con todas sus fuerzas, sus cavidades nasales se inundaron de un fuerte aroma nada agradable, pero fue esa simple fragancia la que llenó a la joven de todo tipo de recuerdos. Al soltarlo, guardó silencio esperando ver qué palabras saldrían de sus cortados labios.

Algo falló...

El silencio duró más de lo que habían imaginado. Tanto tiempo planeando qué decir cuando llegara el día y en ese justo momento todos los discursos que planificaron desaparecieron dando lugar a un incómodo duelo de miradas, aunque al parecer, eso no fue suficiente para detenerlos. Como si de un pequeño hechizo se tratase, la preocupación de Serena se transformó en una espontánea lluvia de carcajadas. Una brusca aunque agradable sonrisa adornada con una pequeña dentadura sin apenas imperfecciones. Zaurus, ante tal imprevisto, se quedó boquiabierto, aunque en el fondo no pudo evitar alegrarse. Al igual que su compañera, no aguantó más y también empezó a soltar un puñado de carcajadas graves y secas.

Serena lo notó enseguida, se estaba haciendo mayor.

Redirigió la mirada al cielo y empezó a contemplar las pocas nubes que contrastaban con el apagado azul de las estrellas. Empezaba a evitar el contacto visual. -Cada vez estás más viejo y tu voz empieza a empeorar. ¿Cuánto te queda?- Murmuró con miedo de la respuesta.

Sus ojos se abrieron de par en par, imaginaba por donde iba la pregunta. -¿Cuánto me queda de qué?- Preguntó con un tono pesado y directo mientras buscaba la forma de apreciar sus pequeños ojos cara a cara, pero la joven seguía apartando la mirada.

-Ya sabes... Cuánto te queda de...- Soltó sonriendo con miedo de que se tome la burla a malas.

-¿De vida?- Se quedó sin palabras por unos segundos. - ¿Eso es lo que te preocupa? ¿Cuándo podrás heredar la casa con sus tesoros?- Desistió de intentar ejercer contacto visual, sobrepasó a la muchacha y empezó a caminar hacia su viejo hogar. -Mira que eres infantil, si de todas formas vives en esa acogedora cueva tu sola...- Se quedó en silencio observando su antiguo hogar por unos segundos y cuando por fin volvió al mundo real, metió la mano en su gigantesca bolsa descuidada y empezó a buscar las llaves. -A ver dónde las dejé-

Serena volvió a soltar un puñado de carcajadas, se dio la vuelta y empezó a seguir la sombra de su viejo conocido. -Ahora en serio, ya tienes que tener bastantes...- No parecía tener miedo a que podría responder, solo se dispuso a seguir su silueta dibujada en el suelo provocada por la poca luz que quedaba de ese cálido día. Al parecer, recordaba ese perfil que siempre había contemplado de pequeña más grande. "¿Habrá encogido?" Pensaba en silencio mientras sonreía.

Zaurus ignoró el comentario, ni siquiera giró la cabeza. Siguió caminando mientras cada vez extendía más el brazo en la bolsa. -Donde narices están...-

-Seguro que son más de cincuenta, de eso no hay duda. Tal vez... ¿Cincuenta y siete?- Insistió sin respeto alguno.

Por fin encontró las llaves en lo más profundo de esa sucia bolsa. -¡Aquí están!- Exclamó mientras volvía a dejar reposar aquel saco en su hombro izquierdo y dirigía una fría mirada a su acompañante. -Sabes de sobra que no paso de los cincuenta, solo tengo cinco años más que la última vez.- Terminó por contestar para zanzar el tema.

-¿Bueno y cuantos tenías hace cinco años?- No parecía que tuviese intención en cambiar de conversación. En el fondo disfrutaba de ver como le incomodaban sus palabras.

Exhalo lentamente y suspiro con calma. -Por qué no me sorprende este comentario... Tengo cuarenta y siete.-Murmuró en voz baja. -¿Cómo no puedes saber algo tan básico como mi edad? Por mi parte, sé que tienes veintitrés solsticios, odias las verduras, has sido nombrada la mano de oro del consejo gubernamental y también sé que tienes a un desconocido en nuestra casa...- Respondió con un tono de superioridad y una sonrisa de mejilla a mejilla. Parecía que la conversación empezaba a dar un giro de su agrado.

Serena dejó de reírse por un segundo y se puso aún más pálida de lo normal. Las primeras afirmaciones, como padre, son responsabilidad suya saberlas, aparte del ascenso que recibió hace unos años, pero, que descubriera al invitado sorpresa la dejó en blanco. -¿Pero cómo? ¡Si nadie lo sabía!- Refunfuño indignada por lo sucedido. -Crwo no ha podido ser, llegó demasiado ebrio para entender nada. Seguro que fue Niril, o tal vez Dodrian, estos elfos tienen el oído muy fino, serán maleantes...- Seguía murmurando ella sola. En ese momento analizo todas las palabras dichas por su padre. -Espera, ¿cómo que no me gustan las verduras? Eso pasó a la historia hace mucho...-

Volvió a ignorar sus últimas palabras y se centró en lo que le importaba. - ¿Crow? ¿El pequeño Niril y tu tío Dodrian? ¿Están en la capital?- Exclamó Zaurus mientras sujetaba a Serena de los hombros y habría aún más los ojos.

-Si, si, pero era tarde y como no aparecías, decidieron seguir la juerga en el Pez Escarlata. Además... No tengo cinco años, sé que Dodrian no es mi tío, al igual que no soy la prima de Niril.- Argumento Serena cansada de que la tratara como una niña pequeña. Siempre hacía lo mismo, daba igual lo fuerte e independiente que lograra ser, a sus ojos todo

desaparecía dando lugar a una indefensa criatura.

Por un momento el ambiente se puso un poco tenso, Zaurus ya no sonreía como de costumbre, su expresión facial reflejaba que ese comentario no era de su agrado. Un silencio enredó a los dos dejando un incómodo momento que no se rompió hasta que Zaurus soltó los hombros de Serena.

-¿Quieres decir que la sangre es la que une las familias?- Pregunto Zaurus apretando un poco la mandíbula. -¿Entonces qué narices soy yo? ¿Un hombre cualquiera que te dio de comer?- Terminó por expresar disgustado. -Esperaba más por tu parte.-

-Zaurus...- Comprendía que por muy fuerte y musculoso que fuera, en el fondo aguardaba un corazón más frágil que el mismísimo cristal. Tal vez sus palabras habían sido malinterpretadas, dirigió la mirada al suelo y empezó a observar los pequeños detalles de las simétricas losas de piedra mientras pensaba qué decirle. -No quería decir eso... Sabes de sobra lo que siento.- Parecía disgustada. Dejó la mirada fija en la única fisura que se apreciaba en la armonía de las losas. -Por favor, es nuestra primera noche, entremos dentro, te sirves una jarra de hidromiel y te presento al invitado misterioso, pero por favor, sabes que odio discutir y aún más contigo.- Por fin obtuvo el valor suficiente para mirarlo fijamente a los ojos.

Zaurus sabía que se había pasado. Su reencuentro perfecto desapareció delante de sus narices, no sabía si pedir disculpas o ignorar el tema, pero ambas soluciones no eran de su agrado. Dejó caer las llaves con la desgastada bolsa al suelo, se acercó lentamente y la abrazó mientras le susurraba algo al oído.

Serena se dejó abrazar, cerró los ojos lentamente y dejó fluir el tiempo. La nostalgia devoró su cuerpo.

## Capítulo 3

### -Capítulo 2. Sofía

#### -“Cuarenta y siete días para el conflicto”

-¡Sofía!- Se aprecia una voz alterada a lo lejos. -¡No te escondas, te necesito!- La tranquilidad se interrumpió en cuestión de segundos. - ¿Sofía? ¿Dónde estás?- Seguía insistiendo aquella aguda voz masculina, que, sin mala intención, rompió la delicada serenidad del bosque. Las aves emprenden el vuelo tras dichos murmullos. Los susurros de las hadas se desvanecen sin dejar rastro. Poco a poco, su mente se rompe en pedazos, apenas es capaz de continuar la meditación. En cuanto se dio cuenta, solo se podía oír aquella irritante voz. Cuando por fin comprendió que tarde o temprano ese peculiar entrometido terminará por encontrarla, se decantó por abrir los ojos de mala manera. La luz reflejada en la transparente agua del lago le dificulta reconocer la figura que se está acercando entre los árboles, pero esos incómodos gritos eran inconfundibles, sabía perfectamente de quién se trataba.

Su rostro mostraba tranquilidad y serenidad con ella misma, o al menos hasta la llegada de aquel indeseado. Dejó aparte su esfuerzo por meditar y se incorporó lentamente tapando con una mano los brillantes rayos de sol que le impedían mantener la mirada firme en lo más alto de las copas. Tras reconocer el rostro de su amigo entre aquellos deslumbrantes destellos, sacudió sus delicados ropajes de tela dejando caer todo el polvo al estanque y se abrochó las dos ordenanzas rápidamente. No parecía entusiasmada por iniciar una conversación y menos aún con aquel muchacho lleno de energía.

Solo deseaba estar sola, estar consigo misma. Deseaba cerrar los ojos, deseaba dejarse llevar de nuevo a ese mundo interior.

Por otra parte, el joven elfo se abrió camino entre la espesura de los árboles y cuando por fin logró apreciar el grandioso estanque de aguas cristalinas, de un salto se dejó caer desde la más alta rama hasta lo más profundo de dicho lago. -¡Te encontré!- Exclamó mientras se sumergía todo el cuerpo. Salpicó todo el alrededor, incluyendo a su querida amiga. Tras ver como su compañero empapo toda su vestimenta, se secó los ojos y observó de reojo unos instantes sin decir nada. No parecía muy contenta. -Espero que no me interrumpas porque algún grupo de hadas te ha robado las reservas de lupidas...- Exclamó mientras casi distinguía el rostro de su amigo entre su larga melena mojada. -¿Entiendes lo complicado que es llegar a mi más profundo interior? Casi logró penetrar en las raíces de mi ser y por tu culpa tengo que volver a empezar de nuevo. -Murmuró a mala gana. -Casi consigo recordar el rostro de...- En ese momento, guardó silencio y suspiro agotadamente. -Para qué... Eres un caso perdido. No sé porque te cuento estas cosas.-

Tras las zambullidas, salió nadando poco a poco sin quitarle el ojo de

encima a Sofía. -Perdona, ¿qué has dicho? Con el agua dentro de las orejas no escucho bien.- Contestó sin dejar de mostrar aquella angustiada aunque elegante sonrisa. Se quitó la camisa y la apuró hasta no dejar ni gota. Sus músculos brillaban con aquellos delicados destellos de sol y al parecer, Sofía no podía apartar la mirada. -¿Qué? ¿Por qué me miras así?- Pregunto extrañado mientras se disponía a dar dos pequeños saltos. Dio unos golpecitos en la oreja izquierda, luego otros pocos en la oreja derecha, dejó caer hasta la última gota de agua al suelo y se volvió a vestir con toda la energía del mundo. Semejaba que aquel refrescante baño le había sentado de maravilla.

-¿De verdad eres uno de los nuestros?- cuestiono Sofía al ver como las principales virtudes que caracterizan a un buen elfo se desvanecían dentro de una nube de entusiasmo, irresponsabilidad y locura. -Siempre te estoy diciendo lo mismo, pero... ¿Seguro que no tienes antepasados enanos o humanos?- preguntó con un toque irónico.

-¿Enano? ¿Humano?- repitió sorprendido su compañero. -Que yo sepa, aquí la única con un nombre humano eres tú. Tu padre se precipitó un poco al ponerte esa aberración.- murmuró ofendido por las afirmaciones de su compañera. -Tendrías que haber heredado el de tu madre...

"Shui'khara"- resalto con cierto cariño. -Eso sí que es un nombre hermoso y no como "Sofía"- volvió a resaltar, solo que esta vez con un tono burlón. -Una pena que dicho nombre se esté perdiendo con los siglos. Si algún día decido tener una hija con Dah'sha, le pondré Shui'Khara y seguro que será una intrépida guerrera.- murmuró mientras perdía la cabeza con fantasías y sueños.

Sus ojos se encendieron como farolillos de aceite. -Lo que yo decía... Ni escrúpulos ni pizca de respeto. - añadió disgustada. -Lo que tienes de elfo lo tengo yo de humana, es decir, nada.- Tras esas palabras, lo miró fijamente a los ojos y se dispuso a terminar rápidamente la conversación.

-Veamos Tal'sher, explícame de una vez por qué has venido.-

El joven Tal'Sher, al ver como Sofía perdía su escasa paciencia, dejó atrás sus vagas observaciones y centró sus palabras en aquel curioso imprevisto que momentos antes le había conducido hacia ese estanque. -Bien visto, casi lo olvidaba.- añadió agradecido. -Parece que hay movimiento entre los riachuelos del sur. Creo que eran...- Susurro lentamente -Creo que eran elfos oscuros...- Se percibía el entusiasmo en aquella diminuta mirada azulada. Apenas dejaba tiempo a respirar entre palabra y palabra.

-¿Qué?- preguntó Sofía sorprendida. Por una parte, su cuerpo se estremeció al oír dicha afirmación, puesto que los medianoches no son motivo para mofarse, aunque, por la otra parte, estaba segura de que su amigo debía haber confundido los hechos sin importar cómo. -

Tranquilízate Tal'sher, su destierro abarca más allá de nuestro hogar, no tienen permiso para acercarse a nuestro pueblo. Ni ellos ni ningún indeseado que no sea hijo de la gran madre.- Afirmó Sofía. -Así que, deja de buscar infortunios donde no los hay.-

-Sé de sobra que no son bienvenidos en estos bosques, por eso he atravesado toda sequoya hasta encontrarte.- Insistió con un tono más calmado. -Esos indeseados han vuelto. Reconocería sus pálidos tonos de

piel a leguas de aquí. La madre árbol puede estar en peligro... ¡Tenemos que actuar y ejecutar a esas bestias!- Término por exclamar con toda su energía. Desprendía un aura vigorizante, capaz de derretir el glaciador más puro.

"Que estaba sucediendo... ¿Las afirmaciones de Tal'sher eran ciertas?". Sofía seguía pensando que solo se trataba de un desafortunado malentendido y que algún grupo de forasteros o aventureros se habían perdido por estas frondosas tierras, dado que no sería la primera vez. Al fin y al cabo los elfos son una raza solitaria y más aún los que habitan el bosque ancestral.

Según marcan las primeras runas lunares, los elfos fueron unas de las primeras especies en colonizar este vasto mundo y es por eso que al mismo tiempo son la raza con más variedades de etnias. Desde los elfos medianos a los medianoche, pasando por los semielfos, los guardianes, los druidas de la tundra e incluso los nagas. Sus reinos se extienden desde los páramos más desérticos hasta las oscuras profundidades de los mares. Tanta historia y costumbre conservada en sus mentes semi inmortales. Tanta información y tanto poder...

-Vamos Sofía, si no nos damos prisa les perderemos el rastro. Tenemos que encontrar a esa docena de malhechores antes de que los guardianes nos roben el mérito.- comentó a la par que desenfundó una pequeña daga de hueso escondida en su cinturón.

-No te precipites, pequeña golondrina.- Contestó Sofía sin tener nada claro qué hacer. La idea de emboscar al enemigo la aterraba, más sabiendo que se trataba de elfos oscuros, además, llevaba décadas sin sujetar un arco, apenas recordaba cómo tensar la cuerda. -Suponiendo que estés en lo correcto, si los medianoche están aquí y no fueran un simple grupo de leñadores... "Que lo dudo" -Resalto con cierto toque irónico. -¿No crees que podría ser peligroso?- Confesó con un tono de voz vibrante e inseguro.

Tal'sher explotó a carcajadas hasta el punto de casi quedarse sin aire. Aquella mirada insegura que mostraba su compañera solo le impulsaba aún más a ir tras ellos.- No seas ingenua, lo único en lo que son mejor que nosotros es en crear conflictos y soltar sucias mentiras.- Se frotó lentamente la cabellera y dejó caer el brazo sobre su cinturón mientras con la otra mano jugaba con la daga. -Sobre todo eso último. Sus bocas sueltan más veneno que los dracónidos de las aguas Nha'Zhule.- Se dejó reclinar en la secuoya más próxima, parecía que intentaba posar de forma intimidante. -Entonces... ¿Qué me dices?- Su tono de voz volvió a ser grave y directo. -¿Vamos a por el mérito que siempre hemos ansiado?- -Querrás decir el mérito que siempre has ansiado. -Sofía percibió que hablaba seriamente y eso la asustaba aún más. -No quiero ofender tus principios guerreros, pero creo que mejor no. Tengo una idea en mente. - Contrarrestó Sofía.

-No seguirás con eso... ¿No?- Insistía Tal'sher. -¿Dónde está esa pequeña Sofía que quería comerse el mundo?- Cada vez subía más el tono de voz. Se notaba que vivía cada palabra que soltaba. -¿Recuerdas aquella vez que te escapaste sin decir nada y cruzaste todo el bosque hasta aquel

poblado humano? Recorríste días tu sola... Suerte que los guardianes detectaron tu presencia antes de que algún infortunio se desencadenara.- Sofía suspiró lentamente y redirigió la mirada a su entorno. Los pájaros seguían sin cantar, parecía que su presencia rompió la armonía del lago. - Mira, por un lado, seguro que Arla por fin me dará una audición en persona con esta información, siempre y cuando sea cierta... "Que lo dudo" .- Volvió a resaltar mientras cambiaba rápidamente su delicada voz por un tono más firme. -Y bueno, sobre esa pequeña y rebelde renacuaja... Ni te esfuerces. Esa Sofía ha madurado y sabe que tiene demasiadas responsabilidades para hacer estupideces como estas.- Giró la cabeza y sin decir nada más, puso rumbo a su hogar.

Su acompañante se quedó desconcertado. -Sofía, ¿de verdad?- No movió ni un dedo tras ella. -Pues vete... Espero que te den tu querida audición y dejes el pasado atrás. Desde aquello te has vuelto una...- Se quedó pensando en silencio. Por alguna razón no se atrevió a terminar la frase. Nuestra anfitriona ignoró las palabras de su amigo, no quería mantener más contacto visual, solo siguió caminando evitando la húmeda tierra dado que no quería ensuciar más aún su querida vestimenta. Se ajustó una cuidada trenza alrededor de su larga melena pelirroja y ella sola puso rumbo al interior del frondoso bosque. "Esta vez seguro que sí." Se repetía una y otra vez hasta autoconvencerse. Parecía tener algo en mente.

Tal'sher, por lo contrario, observó como su compañera se marchaba, no entendía bien qué había sucedido. -Pero... Los medianoche...- Semejaba hundido, tanto recorrido para nada. Aunque su mirada no transmitía ni pizca de odio o arrepentimiento, más bien, sus pupilas brillaban con más intensidad que nunca. Se volvió a frotar su cabellera rubia, dio dos palmadas en sus coloradas mejillas y estiró las piernas para seguir otra vez rumbo al frondoso bosque. - Esos indeseados no pueden entrar en nuestros dominios como si nada. -murmullo lleno de angustia mientras emprendía la marcha. -Parece que el bosque piensa igual...- Añadió redirigiendo la mirada a su alrededor y apreciando como no había ni pizca de fauna por los lares. -Todas las criaturas se han escondido... No puede ser casualidad, es el momento.- Su cabeza daba vueltas mientras se dirigía a buscar a los intrusos sin dejar de correr. -Cómo se atreven a romper la armonía de nuestro querido hogar...- Cada vez sonreía con más ansias. -Se van a enterar... ¡Soy imparable!- Se repetía una y otra vez a sí mismo.-¡Soy imparable! ¡Imparable!- Se adentró gritando lleno de euforia cada vez más hasta desaparecer entre las malezas. Sus gritos se escuchaban a leguas de su posición.

Ese cotidiano día había dado un giro completo de los acontecimientos para nuestra querida exploradora. Evitaba ilusionarse demasiado, "¿Subir a la cúspide del gran árbol? ¿De verdad aceptaría mi audición?" Sonreía ella sola mientras sus más profundos pensamientos adornaban su vuelta al hogar con preguntas sin respuestas y miedos irracionales. Para cuando elevó la vista del suelo se dio cuenta, empezaba a apreciar la gran secuoya a lo lejos, tan imponente, grandiosa, hermosa. Todo su mundo representado en una imagen, una imagen viva, llena de sentimientos,

llena de historia.

Como hormigas en su madriguera, la vida rebosaba alrededor del gran árbol, el corazón del pueblo élfico del bosque ancestral, la gran madre secuoya.

La costra que envolvía sus raíces se nutría con tonos oscuros y castaños, sin apenas brotes sobresaliendo por la parte inferior de la base, donde principalmente se amontonaban multitudes de aves y seres impensables para las simples mentes de los forasteros. Más allá de lo que alcanzaba la simple vista de un humano, como si de la más pura magia se tratara, pequeños riachuelos sucumbían entre las más gruesas ramas, formando hermosas cascadas que sin falta alguna de majestuosidad, desembocaban en el grandioso lago azulado que rodeaba la base. Nadie conocía la certeza de cómo era posible que en la más alta copa de la madre arbor, donde las transparentes hojas de tonos verdosos se movían al compás del viento, un gigantesco lago rebosante en todo tipo de criaturas hermosas e inteligentes, nutria cada una de las necesidades de la mismísima secuoya, abasteciéndose a sí misma de toda necesidad y evitando a todo pronóstico las posibles penurias a las cuales los elfos deberían hacer frente.

Se cuenta que hace mucho tiempo, antes de las caóticas guerras de Orth 'Grim, antes incluso de que los elfos colonizaran estas tierras, el mundo se componía por desiertos y mares en ebullición. Emociones irracionales, criaturas salvajes, épocas olvidadas donde todo orden natural seguía un rumbo muy distinto y distorsionado, o al menos hasta esa inesperada alba.

Según las primeras runas lunares, una misteriosa niña conocida como Minerva en la lengua común, "Sha'Shar para los elfos", llegó a estos páramos desérticos sin rastro alguno de vida, plantó una semilla en el más rocoso suelo y nació una pequeña secuoya. No era una secuoya grande y fuerte, no al menos por ese entonces. Era un diminuto brote verdoso, rodeado de rocas y páramos desiertos, sin rastro alguno de agua o viento. Solo disponía de la compañía de un penetrante sol abrasador o de la soledad de una noche fría y escarchada... Nada más a lo que aferrarse y aun así, todo rumbo de caos fue erradicado, desencadenado grandes praderas, ríos caudalosos, lagos transparentes y como no, frondosos y espesos bosques.

Nadie sabe con certeza de dónde salió la semilla y aún menos esa curiosa niña, dado que según los registros más antiguos, las civilizaciones de seres humanoides todavía no se habían desarrollado. Teniendo esto en cuenta, la historia parece haber sufrido muchas incoherencias. Unos afirman que Minerva era una pequeña elfa, otros dicen que no era una niña, sino un enano afeitado, y es por eso que dicha historia fue catalogada como una simple fábula que alimenta la imaginación de los pueblos de los alrededores del grandioso bosque.

Tras el nuevo nacimiento, tras milenios de civilizaciones llenas de prosperidad y decadencia, tras la evolución de los elfos, muchos emigraron a los bosques del este en búsqueda de prosperidad y tranquilidad, en concreto se establecieron en la gran secuoya, donde gracias a su aura mágica, consiguieron alargar su esperanza de vida,

llegando a poder sobrepasar los dos mil años de grandiosas vidas fácilmente. Sin miedo a perecer, sin falta de alimentos, rodeados de paz, libertad, aislamiento. Un mudo utópico para los humanos y enanos, pero como todos sabemos, los elfos sobrepasan esa irracionalidad tan vulgar y mediocre, llamada depravación...

¿O tal vez no?

Es ahí donde los conflictos estallaron e inundaron las almas de los más necios, donde ciertos seres semi inmortales fueron corrompidos por la avaricia. No complacidos con colonizar los bosques, se expandieron a los mares en grandes navíos con el fin de buscar más riqueza y dominio. El corazón del océano percibió dicha avaricia como acto de rebeldía contra la naturaleza y según cuentan las historias, los maldijo a todos con el castigo eterno de vigilar los tesoros que el mar engullía hasta el fin de sus miserables existencias. Con el tiempo recibieron el nombre de Nagas, unas de las criaturas marinas más inteligentes pero también más codiciosas sin rasgo alguno de empatía. Seres corrompidos por su mayor pecado, la avaricia.

Los elfos oscuros o conocidos como medianoches en la lengua más común, son uno de los mayores misterios. Su conexión con otras culturas es casi mínima, además de llevarse una ruina reputación por sus actos del pasado. Pocos son los valientes que recorren los grandes continentes del mundo, "ya sea por su delicada piel respecto al sol o por su característica fama de problemáticos", pero aun así, no faltan las pequeñas disputas en los cotidianos poblados o en las tabernas más insignificantes llenas de broncas y juergas. Por la gracia de todos, una luz tenue y cálida empezó a brotar de una gran nación. El nacimiento de la Nueva Veraz supuso una nueva posibilidad de vida para dichos seres, donde encontraron un efímero refugio aceptado por el gran consejo, donde pasaron a ser más que simple escoria a los ojos de todos, o eso prometían...

Con el tiempo se desarrollaron semi culturas heredadas de estas prósperas naciones élficas, como dichos elfos desterrados que abrazaron con buen corazón las ciudadelas humanas. Otros prefirieron los cálidos páramos rocosos del sur o las escarchadas cumbres de las más altas montañas. Y entre todos ellos, algunos buscaron poder en mitos antiguos y leyendas innombrables, pero, eso es otra historia...

-Abuelo, ¿cómo sabes tanto de los elfos?- Preguntó el pequeño muchacho mientras la energía salía disparada por su cálida mirada. No podía apartar sus ojos de su querido familiar.

-Odam, es tarde, mañana seguimos.- El hombre mayor de piel roja se levantó de el sillón y con cierto cuidado, se incorporó.- Vamos a descansar, pronto empezará la guardia de la luna...- Lo cogió de la mano y se lo llevó a rastras por todo el salón. El joven Odam no parecía estar por la labor. -No me hagas alzar la voz, hazme el favor. Vamos a la cama antes de qué...- añadió sin fuerzas para continuar. -Olvídalo, esta guerra no nos incumbe a nosotros.-

Los dos apagaron el fuego, cerraron las puertas acompañadas de las ventas y sin pizca alguna de alegría, subieron a la planta superior de ese descuidado hogar. Se podían escuchar gritos acompañados de las pisadas

de los soldados y corceles por las proximidades, pero, al parecer, no prestaban demasiada atención. Su rostro no mostraba preocupación, pero tampoco alegría. Sus rostros solo eran eso, un rostro, sin expresión alguna.

## Capítulo 4

### -Capítulo 3. El Gran Consejo

#### -“Tres días para el conflicto”

-No seas orgulloso. Anda, confiesa de una vez.- Serena seguía insistiendo sin descanso alguno. -¿Ahora eres mago? Eso explicaría esa barba descuidada...- argumento descaradamente, aunque no obtuvo respuesta alguna por parte de su acompañante. -¿Acaso contrataste un espía para vigilarme tras tu marcha a Kyürem? ¿O tal vez solo ha sido casualidad?- Su voz resonaba una y otra vez en la cabeza de Zaurus, era imposible no escucharla y menos ignorarla.

-Calla de una maldita vez. Mira que eres cabezota.- Cansado de sus tonterías, le dio un suave golpe en la nariz con el dedo índice. -Relájate y fíjate. ¿Ves la ventana abierta? En la segunda planta.- Zaurus colocó a Serena delante de él y con la mano izquierda le guio la mirada hacia la ventana en cuestión.

-Si, la veo.- Sus palabras eran secas, odiaba que Zaurus la tratara como una niña pequeña, como de costumbre.

-Bien, ¿Ves como sale un poco de humo amarillo por la esquina?- Preguntó con un tono irónico. -Es el humo característico de las investigaciones de hechicería o alquimia.- Parecía que disfrutaba cuando compartía sus conocimientos y Serena se percató de eso al instante. -En conclusión, o te has iniciado en el mundo mágico o tienes un invitado de lo más peculiar viviendo aquí, ¿Me equivoco?- Al terminar su deducción, observó fijamente a Serena con un toque vacilón.

-Parece ser que de verdad no has cambiado nada...- Serena sonrió, recogió las llaves del suelo y puso rumbo a la puerta.- Anda, vamos. Ven y te lo presento. Te aviso que es único en su especie.- Al abrir la robusta puerta, un fuerte olor a humedad embargó las cavidades nasales de los dos. Serena esperó a que su acompañante entrara en el oscuro recibidor y de un fuerte empujón, cerró el portón, resonando un escandaloso estruendo por toda la casa.

“Parecía que aun nadie se había dignado a repararla” Pensaba Zaurus mientras ansiosamente analizaba cada detalle de su querido hogar.

Serena dejó caer cuidadosamente las llaves en un pequeño cuenco de madera que reposaba encima de una mesita desgastada, se frotó las palmas de las manos y como por arte de magia, una leve pero constante luz iluminó el oscuro salón mientras apartaba con los pies las cestas llenas de hortalizas que dificultan sus andares. -Perdona el desastre. Crow pasó

esta mañana por el mercado y no pudo evitarlo. Siempre dice que, Eda, el hombre mayor que aguarda en la entrada de la plaza, tiene los mejores tubérculos de la Ciudadela.- Comentó de forma sarcástica. -Lo de siempre, Crow y sus curiosas costumbres.-

-Si, si, muy típico de Crow.- Contestó sin prestar demasiada atención a la conversación. Su mente solo podía enfocarse en su viejo hogar. En el fondo, el miedo lo embargaba, puesto que no esperaba encontrarse todo tal y como siempre había sido, pero para su agradable sorpresa, parecía que Serena no se había dignado a hacer reforma alguna durante su ausencia. Su querida mesa familiar aguardaba en el centro del salón en la posición idéntica al día que emprendió su último viaje. Los grandes cuadros de su madre colgados de la pared apenas aguardaban pizca alguna de polvo. Todos los cachivaches permanecían ordenados del más pequeño al más grande en aquel extravagante armario. Deseaba de corazón volver a esa feliz época y todo nuevo cambio podía estropear aquel perfecto reencuentro en su querido hogar, aunque, por ahora, todo parecía permanecer en orden. Su querido cofre, para su grata sorpresa, seguía en su característica esquina de siempre, posiblemente a rebosar de sus más preciados recuerdos, aunque, a pesar de desear comprobar con sus propios ojos que todo el botín seguía en orden, prefería esperar a estar solo para no dar una mala imagen de minucioso delante de su pequeña. Por otra parte, el suelo brillaba más que de costumbre, alguien se había tomado las molestias de limpiarlo antes de su llegada, incluso las oscuras paredes de tono grisáceo parecían haber mejorado durante estos cinco años. Curiosamente, la puerta de la cocina estaba cerrada, pero tampoco se molestó en ir a abrirla. Sabía que se encontraría con una despensa llena de todo tipo de manjares y como era costumbre en esta casa, hasta la hora de cenar no se permite dar bocado...

-Vaya, has mejorado mucho.- Zaurus aplaudió lentamente. Se sorprendió gratamente al ver las habilidades de su pequeña con las artes sagradas. - Dignas de toda una experta. Por algo fuiste elegida como parte del consejo... Nunca dejas de asombrarme.- En ese instante, se empezaron a escuchar unas pisadas provenientes de las escaleras que bajaban del piso de arriba. Los dos fijaron la mirada en ellas. Serena, con una firme sonrisa y Zaurus, con una mirada preocupada, esperaron a que el curioso invitado hiciera acto de presencia.

"A ver que tenemos viviendo aquí" pensaba el corpulento trotamundos con cierto pavor.

-Concuerdo con que sus artes sagradas no dejan nada que desear. Superan con diferencia la mediocridad del resto.- Un joven piel roja de cabellera rubia bajó las escaleras lentamente. Fijó la mirada en aquel barbudo invitado. -Aunque si no fuera hija de aquel famoso "Héroe"- resalto con cierto desprecio. -Seguro que no hubiera tenido tantas

facilidades para entrar en este ingrato consejo de imbéciles.- Su tono de voz se hundía entre leves toques de soberbia. Vestía una peculiar túnica marrón con rasgos dorados y negros, sin mangas y con las piernas y parte del pecho descubierto, mostrando una serie dibujos rojizos por todo el cuerpo. Llamaban la atención sus ojos carmesí del mismo tono que sus pigmentos. -Por suerte, Serena es la excepción que me brinda cierta esperanza en este reino. Parece la única con las ideas y motivaciones claras.-

Poco tardó Zaurus en cortar al peculiar invitado. -Vaya, vaya. Así que tu invitado misterioso es un crío y no un crío cualquiera... Un pequeño hechicero de sangre roja, al parecer.- Afirmó intentando intimidar al huésped.

-Serena, no me cae bien.- Refunfuño mientras estiraba los brazos como si se hubiese despertado instantes antes de su aparición. -¿Para qué narices querías involucrar a este vejstorio? Parece... Muy mayor para estas cosas.- El ambiente se volvió tenso en cuestión de segundos.

-¿Qué has dicho?- Zaurus levantó el tono de voz. Se subió los pantalones y ajustó su desgastado cinturón. -Pero quién narices se cree este muchacho para faltarme al respeto en mi propio hogar. Una sensatez más...-

Las manos del hechicero empezaron a brillar. Su mirada se encendió acompañados de sus pigmentos. -Cuidado paladín... Una sensatez más y que.- Cuestiono sin miedo al posible desenlace. -¿Me sanarás el resfriado?-

-Ex-paladín.- Comentó bruscamente. -Prefiero ex-paladín, si no te importa.- Zaurus empezó a desenfundar poco a poco su katana. Arma que obtuvo tras su última expedición por Kyürem, territorio lejano de costumbres y leyendas muy distintas. -Atrévete, renacuajo. Como decía padre, perro ladrador, poco mordedor...- No retrocedía ante las amenazas del hechicero.

-¡Ya basta!- Apretó la correa de su dorado brazalete disimuladamente y se interpuso entre los dos bravucones, transmitiendo un aura espeluznante. - ¡Siempre la misma historia!- Tras abrir los azulados ojos de par en par, mostró una mirada penetrante como agujas de alfiler. -¡Aquí el único niño eres tú, Zaurus!- rápidamente giró la mirada a su invitado. -Disculpa, Edward. Perdona a mí... Mi padre... Es un poco orgulloso.- Tras ello, otorgó una reverencia al hechicero en señal de respeto.

-¿Orgulloso? -Cuestiono mientras enfundaba de nuevo la katana. -¿Quién narices es este muchacho? ¿A este enclenque te copulas por las noches?-

preguntó sorprendido ante tales acontecimientos.

-¡Zaurus!- Exclamó Serena avergonzada.

-¡De acuerdo! De acuerdo...- Rápidamente otorgó una reverencia como si de algún rey se tratase. -Ni una noche en la ciudadela y ya empiezan las jodidas formalidades. Ya puede ser el hijo de alguien importante para que tenga que comerle los huevos en mi propia casa...- murmuró en voz baja.

-¡Joder, Zaurus!- susurró Serena deseando que el invitado no hubiera escuchado esos últimos murmullos.

-Que sí, que sí... Nada de ultrajes dentro de casa... Lo entiendo.-

Todo brillo de su cuerpo se apagó dando paso a un oscuro salón. No se inmutó lo más mínimo tras esas últimas palabras. O las ignora, o por suerte, no las escucho. -Ignorante... Cuida tu oratoria, pues estás ante la presencia de nada menos que el representante de la magia en el consejo, Edward Kheles Gezar. Así que... Modera tu tono.- Se notaba que disfrutaba de su superioridad frente a Zaurus y al parecer, no dudaba en restregársela en cuando se le brindaba la oportunidad.

Ante dicha sorpresa, se llevó la mano izquierda a la barba y empezó a acariciarse la mejilla derecha. Era una sensación áspera, pero le tranquilizaba. -Tiene que ser una broma. ¿Este es el sustituto de Tisan? Pero si con suerte mide más que un potrillo recién nacido. ¿Cuántos solsticios se supone que tiene?-

Serena no se lo pensó dos veces. Al ver que la conversación de esos dos se volvía a encender, se decantó por intervenir. -Diecisiete, si no me equivoco. ¿Verdad?- Añadió con un tono de admiración mientras se disponía disimuladamente a pisar con fuerza el pie izquierdo de su padre. -¿Ves Zaurus? No es ningún crío...- Su mirada indicaba que quería zanjar el tema de una vez.

-¡La madre que te...!- Al ver el pálido rostro de Serena, cayó su dolor e intentó no seguir la discusión. Esa disimulada pisada le había hecho daño de verdad, estaba a punto de dejar caer todo el cuerpo en el suelo. - Nada... Sigue, sigue...- Apretó la dentadura.

Edward no percibió el numerito que estaban montando aquellos dos. Para él, dicha pelea de orgullo terminó con su persona como vencedor. -Exacto, amiga mía.- Sonrió con cierta superioridad. -Diecisiete años de dolor y tormento.-

-Sí, exacto, diecisiete años de "tormento"- resaltó encrespado para sí mismo. -Seguro que sí...-

Dejando discusiones aparte, parecía que el ambiente se estaba calmando. Zaurus solo podía darle vueltas a cuál sería la razón por la que Serena envió un cuervo a Kyüren pidiendo su regreso inminente. Tantos años excluido de aquel caótico mundo de reverencias y sin previo aviso, la única persona que era capaz de reclamar su retorno, le suplicó que regresara de inmediato a Veraz sin siquiera conocer con certeza los motivos. Aún dudaba si había obrado bien al regresar, puesto que la presencia de otro de los seis representantes del consejo dentro de su querido hogar no era buena señal. Ni mucho menos...

Tiempo atrás, Veraz, una de las ciudadelas de más renombre entre el territorio humano, sobrepasando con creces los ejércitos y riquezas de Surzul, Targanta o Isoldür, con la llegada del final del invierno, se vio arrastrada a un inesperado conflicto frente a un viejo conocido capacitado para arrasarlo con todo sin esfuerzo alguno. Un adversario desarmado, sin maldad alguna e intangible para las espadas de sus hombres.

Aquel año, la naturaleza aguardaba nuevos planes para aquella gran nación, puesto que sin previo aviso, tras la llegada de la primavera, los cultivos no florecieron como de costumbre. Las raíces se marchitaron. Las hojas se desprendían con leves susurros. Aquellos matices verdosos y anaranjados dieron paso a tonos oscuros y grises vacíos.

Pasaron los días, las semanas y los meses y aun así, entre todos los campos de cultivo, escasos fueron los que aportaron alimento, puesto que una nueva enfermedad se apoderó de ellos... Una enfermedad abastecida por la naturaleza.

Poco tardaron en llegar las hambrunas y con ellas, los problemas.

Ante tales imprevistos, el rey Frey Cross XII, hijo de Nievi Cross IV, monarca y gobernante de la ciudadela, ignorando por completo el reinado de su padre, expuesto ante tal enemigo y sin posibilidad alguna de combatir, de la nada empezó a buscar culpables entre los muros.

Tal vez no pudiese juzgar a la naturaleza por sus actos, pero tal vez sí a los seres que había engendrado.

En ese momento, pocos fueron los que se impusieron ante tales persecuciones, puesto que los humanos suelen ser una raza conflictiva, ambiciosa y poco agradecida. Se esconden tras un puñado de máscaras, llenas sus bocas de palabrería y buena fe, pero cuando las cosas se complican, cuando sus vidas cuelgan de un fino hilo que lentamente se desgarran, no dudan ni lo más mínimo en apuñalar por la espalda a quien haga falta.

Traición, cobardía, discriminación... Una mezcla poco respetada, pero nunca erradicada, puesto que cuando un reino abunda en afiladas espadas y escasea en raciones de alimento, es cuestión de tiempo que el famélico ganadero degüelle a su vecino y devore sus entrañas...

Aquel trágico solsticio, fueron los elfos los primeros en pagar el precio, ya sea por su peculiar descendencia o por su fama de manipular la naturaleza a su voluntad.

No fueron pocas las cacerías, menos las hogueras en la plaza, pero si algo

derrumbó la última gota de aquella colapsada jarra de tormento y angustia, fue las revueltas del atardecer carmesí.

Los famosos Cazadores Abruptos inundaron las calles, dado que poco se requería para empuñar un arma y menos aún para insertarla.

Fue esa fría noche de luna roja cuando todo tono rojizo cubrió las armaduras de oro y hierro sin dejar a un lado el cuero. La guerra se desencadenó sin previo aviso. No una guerra contra los elfos oscuros o los bárbaros de las islas Freid. Aquella grandiosa fortaleza de gran renombre se vio arrastrada frente a un nuevo enemigo. Un enemigo que no escupía fuego como los dragones. Un enemigo que no buscaba apoderarse de sus riquezas como cualquier mercenario de poca monta. Era un enemigo nuevo que el rey Frey desestimó, puesto que para él, su pueblo no era más que simples ovejas las cual debía cuidar de los salvajes lobos que podían acechar...

Fuego y terror.

Qué sorpresa se llevó aquella noche, dado que nunca imaginó que su propio ganado fuese la bestia sanguinaria que lograra morder su yugular. Hierro contra el oro. Rebaño contra pastor. Hombres contra hombres. Dioses contra dioses.

No fueron pocas las víctimas y aún menos las consecuencias. Tal fue el precio a pagar que pocos fueron los supervivientes de tales acontecimientos.

Veraz, la nueva ciudadela de cenizas sin sangre real...

Poco tardaron los reinos en aparecer de la nada reclamando dicho territorio, aunque, de entre todos ellos, solo uno se atrevió a mostrar acto de presencia tras lo ocurrido. Los ejércitos de Targanta no dudaron en rodear los pequeños pueblos de las proximidades a los pocos días de la revolución, justificando su intervención con falsa palabrería y dudosas promesas de abastecer las necesidades que la guerra había dejado.

A las semanas, aquellas oscuras banderas de tonos rojizos y anaranjados se blandían en cada rincón visible de dichos campos de cultivo. Los soldados aguardaban las rutas principales, los rebeldes terminaron ahorcados en los oliveros y por desgracia, los enanos y elfos sufrieron un desenlace aún peor...

Todo territorio pasó a su poder, a excepción del máspreciado botín, la propia Veraz. Plantaron sus campamentos en las afueras de la capital y con toda la paciencia del mundo, enfocados simplemente en negociar y evitando toda masacre innecesaria, se reunió con los nuevos seis representantes que se autoproclamaron los nuevos dueños de la nación. Se hacían llamar El Gran Consejo, aunque, desde el punto de vista de dicho reino invasor, no eran más que seis rebeldes aprovechando una escasez de poder y orden.

Les ofrecieron lo que ellos nombraron, "Su única salvación", puesto que a ojos de la gran Targanta, un reino sin rey está condenado a su propia

destrucción.

Y bueno... Tal vez razón no les faltaba.

Como un reino sin monarca iba a imponerse ante las negociaciones de guerra. Como los dioses podían aceptar dicha aberración. Cómo esperaban que su ejército diese su vida por un consejo de iguales en vez de por un elegido del señor...

No había solución, no al menos en aquel momento. Aun así, los seis sabios rehusaron la oferta enfrentándose a las posibles consecuencias. El rey Loderan III, monarca de Targanta, se asombró ante tal suicidio colectivo en el que se habían envuelto. No entendía que esperaban lograr de tal masacre innecesaria.

Era cierto que Veraz aún contaba con un ejército, pero no era para nada comparable al de Targanta tras todas las bajas sucedidas días antes... y menos aún disponían de alimento suficiente para encerrarse y aguantar unos meses hasta nuevo aviso. Las hambrunas ya habían desencadenado suficientes infortunios, era cuestión de tiempo que todo ser vivo pereciera ante la falta de recursos... pero, aun así, se decantaron por la segunda opción.

Cerraron compuertas, racionaron alimentos y aguardaron hasta nueva orden.

Cierto fue que aguantaron unas escasas semanas a base de ganado y limitadas reservas del invierno, aunque de poco iba a servir, puesto que de ninguna forma Targanta estaba dispuesta a renunciar a tales riquezas y control de los mares. Dicho reino, aguardó pacientemente y optó por ahorrar personal esperando a que la propia ciudadela cayese por su propia hambruna, dado que mientras los rebeldes se escondían detrás de aquellos gigantescos muros, los bruscos soldados invasores festejaron en sus campamentos y brindaron por una nueva era para su reino... o al menos hasta que los imprevistos hicieron acto de presencia.

¿Quién había oído hablar de aquel reino lejano llamado Kyürem?

En aquel entonces... posiblemente nadie.

El consejo no aguardó tras esos muros por simple orgullo o bravuconería. Eran pocos, pero no necios. Conocían perfectamente el arte de la guerra. La ciudad quedó reducida a cenizas acompañadas de la mayoría de bibliotecas y armeros, pero, al parecer, la torre de los cuervos sobrevivió. Las cartas fueron enviadas a todas las ciudadelas conocidas. Enanos, elfos, reinos vecinos, reinos no tan vecinos... Y de todos ellos, solo uno acudió en su ayuda. Posiblemente uno de los menos esperados de todos los de gran renombre, puesto que Kyürem apenas guardaba relación con las ciudadelas de occidente.

Fue hermoso ver como toda la costa de Veraz se llenó de navíos de extravagantes tonos oscuros y rojizos adornados con dragones y

serpientes llameantes. Fue en dicho acontecimiento cuando una nueva esperanza se abrió paso en poniente, puesto que ni en los libros más antiguos de las inmensas bibliotecas habían nombrado semejante espectáculo visual en siglos. Targanta no podía hacer frente a tal ejército de lanceros y arqueros, desencadenando su inesperado fracaso y cediendo una estrepitosa rendición. Sus irrefrenables ansias de conquista fueron cortadas de raíz, enterrando su profundo odio en una oscura y profunda tumba de la mente, donde solo los más rencorosos eran presos... Su única posibilidad se vió reducida a ceder de nuevo su lealtad, brindando sus eternos servicios a la nueva Veraz renacida de aquellas inesperadas cenizas y otorgando legitimidad al debilitado reino de oro y hierro gobernado por las seis grandiosas figuras.

Fue entonces a partir de aquel evento cuando un nuevo consejo se posicionó en el mapa. El Gran Consejo...

Poco tardaron en volar los rumores por todos los rincones, puesto que por primera vez en la historia, un reino humano se alzó sin monarca.

No fueron ingenuos y menos aún desagradecidos con su salvador, la emperatriz Köjun. El precio a pagar por su ayuda no fue elevado pero tampoco otorgado de buena fe. Kyürem solo reclamó una firme alianza y como moneda de cambio para asegurar dicho acuerdo, dado que no disponían de príncipes los cuales emparentar, ordenó la admisión de una de sus princesas en el gran consejo. La historia de un nuevo reino sin desprecio alguno por las otras razas se expandió como la pólvora de los cañones. Empezaron a llegar especies de todos los rincones, puesto que Veraz prometió el libre albedrío dentro de sus muros. Una utopía a oídos de un caótico mundo...

Desde aquel día, cada cuatro solsticios de primavera, se celebra un estrepitoso banquete donde se congregan con sabias palabras y sin miramientos ni favores, las seis figuras del consejo acompañadas por los nobles de más renombre de aquella curiosa ciudadela. Como los Verdelluna, los Augustos, los Trendarés o los Zangalest de Occidente. Donde se argumenta nuevas posibilidades y se observa eventuales miembros que heredarán los seis grandes cargos, siempre y cuando sea conveniente.

Veinticinco años tras dicho evento, a día de hoy, los representantes han continuado formando su labor y expandiendo las fronteras establecidas de este curioso mundo. Tal vez el consejo haya sufrido algunos cambios con el tiempo, ya sean de personal o de especialización concreta, pero, aun así, nadie en su sano juicio cuestionaría todo el trabajo que han logrado los seis miembros en tan poco tiempo. Sin excepciones.

Hiskin Jey-var, representando el comercio local e interterritorial durante más de veinte años. Un peculiar gnomo con más solsticios que arrugas.

Este pequeño ser de pelo blanco, aceptado a los pocos años del nacimiento de la Nueva Veraz, ha conseguido expandir el comercio marítimo y mineral por todos los rincones del mundo. Ni nada más, ni nada menos, logró firmar un tratado comercial con los enanos del este excluyendo a Veraz como la única intermediaria entre sus rocas preciosas y el resto de ciudadelas... y si piensas que no es mucha cosa dicho acuerdo, es porque no has tratado con enanos. Gracias a dicha fama, se ganó rápidamente una parte del corazón del pueblo, sobre todo de los comerciantes ambulantes y habitantes del gran mercado. Será todo lo ambicioso que pueda ser, pero su trabajo ha marcado un antes y un después para esta nueva gran nación.

Serena Lanter Mare, representante de la guardia real durante los últimos cinco años. Vivió de pequeña en plenas carnes las consecuencias de la gran revolución y las atrocidades que desencadenó, pero no fueron suficiente para romper su sonrisa y su espíritu inquebrantable. Ocho años bajo la luz del señor, portando la capa dorada y honrando el apellido de su padre. Considerada como una de las mejores paladines de la ciudadela, encargada del grandioso ejército de oro y defensora del título de comandante de oro, llegando a igualar o superar a su antecesor, Zaurus Lanter Mare, "Uno de los seis primeros representantes del consejo tras la gran revolución".

Edward Kheles Gezar, sucesor de Tisan el abstraído y representante de la magia de Veraz desde hace unos pocos meses. Joven prodigio de la hechicería de sangre de dragón rojo con un pasado casi desconocido. Su ingreso en el consejo sorprendió a la nación, dado que su temprana edad deja que desear... Inexperto, caprichoso y arrogante, aunque con el poder suficiente para arrasar con sus llamas toda una nación. Un individuo preferible como aliado que como enemigo.

A día de hoy, su labor no abarca más allá de la gran biblioteca, destinado a proteger su contenido histórico y mágico para evitar una pérdida de magnitudes comparables a la de la gran revolución.

Curioso que el único capacitado para incinerar todos los libros sea su propio guardia... Que poética puede ser el destino.

Hinna Itto Mori, humana de rasgos orientales, proveniente de las tierras lejanas de Kyüren, hija y descendiente menor de entre las seis hermanas de la emperatriz Kōjun Itto Mori. Figura del consejo con veinticuatro años en su cargo debido al gran acuerdo de paz con Kyürem. Honrada como la portavoz de la naturaleza y alquimia por decreto de su majestad, la emperatriz. Su labor es, tal vez, la más infravalorada entre la corte aunque considerada la más aclamada entre las nuevas almas de la ciudadela. Gracias al gran acuerdo entre estos dos grandes reinos, Hinna, frente a la gran hambruna sufrida posterior a la revolución, ordenó el envío de cargamentos desconocidos para los habitantes de Veraz. En

pocos meses, todos los campos de los alrededores brindaban plantaciones y campos de arroz, alimento básico de Kyürem. Fue tan aclamada su presencia en el consejo, que, incluso si su madre no fuese la emperatriz, a día de hoy permanecería en el mismo asiento de la gran mesa. Posiblemente...

Oth Esivir Zakret, hombre de piel oscura y representante de la evocación sagrada. Con doce solsticios de primavera al mando, aplicó un lavado general de sumisión respecto a su anterior representante, Irits Cruzed. Su fama recae en permitir la intromisión de otras culturas en la ciudadela. Nadie apostaba una moneda a que duraría más de cuatro años al mando, puesto que semejaba demasiado bondadoso o calmado, pero, tras la llegada de seres de todos los rincones en busca de refugio y una nueva vida, nadie deseaba que abandonara su cargo.

Los cambios alegraron a los dioses más benevolentes concediendo prosperidad y salud al reino. Los más ambiciosos lo consideraron una ofensa y como medida de seguridad, todo acto de culto a ellos fue prohibido...

Por último, Darren Verdeluna Agosto, Comandante de las flotas marinas del reino. Hombre pálido de corta cabellera castaña y más músculos que modales, aunque su inteligencia en el campo de batalla no deja nada que desear.

Su objetivo es sencillo. Explorar mares desconocidos, conseguir recursos, botines y expandir el nombre de Veraz. A las buenas o a las malas...

Es la figura de consejo más conflictiva, puesto que su único propósito es el mar y nada más que el mar. Todo lo demás, según su parecer, no tiene relevancia en su visión de hacer llegar el nombre de la ciudadela a todos sus enemigos.

¿Por qué sigue al mando? Sencillo. Sus dotes de perspicacia y su pico de oro consiguieron un tratado de "paz" con los nagas del gran océano.

Derechos a navegar por sus aguas con la condición de otorgar una parte del botín a esas peligrosas criaturas. Es considerado el primer humano en establecer contacto no armado con esa infame raza de avariciosos y lograr sobrevivir para contarlos.

Por alguna razón, solo aceptan dialogar con su persona...

-¿Alguien tiene pensado explicarme cuál es la causa de mi regreso?-

Seguía esperando una respuesta. Aunque en el fondo solo podía pensar en terminar este numerito rápido y servirse una buena jarra fría de hidromiel.

-Es tarde, al despertar hablaremos del tema.- rápidamente giro la mirada a su acompañante de cabellera rubia. -Edward, si no es molestia, sigue mañana con tus investigaciones. Mi padre dormirá en ese cuarto.-

Contestó mientras se disponía a recoger los zapatos sucios que Zaurus había dejado en el recibidor. -¿Ves normal dejar esto en la puerta? Acabas

de llegar. Haz el favor y guarda tus cosas, que luego no encuentras nada.- Los lanzó sin mala intención en dirección a su padre, aunque, tal vez, su puntería no era su punto fuerte.

Se llevó los brazos a la cara, por suerte no le golpeó ningún zapato. -Si no dejas de lanzar todo por los aires es normal que luego no las encuentre.- La miró fijamente a los ojos.

Serena le devolvió la mirada, solo que con un una pizca más de maldad. - ¿Qué has dicho?- Su agradable voz se consumió en las llamas.

Zaurus tragó saliva lentamente y se dispuso a recoger los zapatos evitando contacto visual. -Nada, que buenas noches...- No lo decía muy convencido.

Edward y Serena escucharon el comentario, aunque prefirieron ignorarlo, estaban demasiado cansados para más conversaciones sin sentido. Subieron a sus posadas y cerraron la puerta dejando un sabor amargo para Zaurus.

Cuando por fin la calma volvió a reinar en su antiguo hogar, respiró profundamente y apreció el momento que tanto había ansiado. Pero como era de esperar, poco duró la tranquilidad. Su estómago rompió el momento con un estrepitoso sonido desagradable. -Joder...- Su tripa rugía de hambre. Al ver como los dos huéspedes se encerraban en sus habitaciones, preguntó rápidamente. -¿Qué hay de la cena?-

Serena abrió la puerta de su habitación y de nuevo le contestó rompiendo las pocas esperanzas que le quedaban. -Ya hemos cenado... Además, eres bastante mayorcito para prepararla tú solito.- Tras esas duras palabras, cerró bruscamente la posada.

-Ya habéis cenado... Perfecto...- Murmuró desilusionado. Su regreso no fue para nada lo que había planeado. Un desconocido robándole el protagonismo, discusiones por todas partes y su antigua habitación llena de a saber que. Tal vez, lo único que quería era una agradable cena en familia, rodeado de pan, hidromiel, sonrisas y... Nada más, solo eso. Él, Serena y ningún estúpido desconocido, como siempre había sido.

## Capítulo 5

### **-Capítulo 4. Entre la espada y la jarra de hidromiel**

#### **- “Dos días para el conflicto”**

-¡Vamos Crow, despierta!- Se escuchaba una pequeña voz acompañada de leves murmullos sumergidos entre las constantes roturas de las mareas. Esa agradable sinfonía marina acaparaba todo el protagonismo de aquella mañana soleada. -¡Despierta, gandul!- seguía insistiendo aquella aguda voz. Cada vez se entremezclaban más con el entorno hasta el punto de sobrepasar el constante cuchicheo proveniente del puerto...

Todo daba vueltas, su cabeza daba vueltas... No lograba entender qué sucedía fuera de su mente... Sentía que necesitaba descansar un poco más.

-¡Date prisa grandullón! Ya descansarás más tarde.- Cada vez se escuchaba más fuerte esos indeseados alaridos. Conocía perfectamente esa voz, de eso estaba seguro. -¡Crow, joder!- terminó por exclamar.

Al abrir sus rugosos párpados, la luz del sol le impedía ver con claridad su entorno. Notaba un fuerte dolor de cabeza nada fácil de ignorar. El mareo era insoportable, todo sonido, por pequeño que fuera, le resultaba molesto, a excepción del mar. De alguna forma, aquella cálida armonía lograba acariciar de forma satisfactoria sus oídos, aunque con tanto estruendo, de poco servía.

Colocó la mano en su pecho, notó que el corazón latía con normalidad. - ¿Dónde. Dónde... Dónde estoy...?- Murmuró desubicado. Le resultaba difícil recordar qué había sucedido. Fue en dicho instante, cuando un semielfo de larga cabellera rubia, engalanado con ropajes de tela y un vestido amarillento, vació un cubo de tripas de pescado sobre todo su rostro. El olor era tan fuerte que el peludo hombre de piel oscura que curiosamente sólo vestía ropa interior, tras intentar incorporarse de dicho callejón, perdió el equilibrio y empezó a regurgitar sin control alguno.

El hecho de ver ese espectáculo desencadenó que el semielfo también regurgitara en medio del puerto. La gente empezó a cuchichear y taponar sus cavidades nasales tras ver dicha situación. -Mierda- Susurro el

semielfo. Levantó poco a poco su mirada borrosa llena de angustia e intentó limpiar a su corpulento acompañante. -Lo siento, pensaba que era...- Se volvió a cubrir la boca por culpa de una extravagante arcada. - uuugh... pensaba que era agua...-

-¡De puta madre, Niril!- Exclamó rebosante de ira. -¿iQué mierdas haces?!- El olor era demasiado fuerte, parecía que todo malestar y dolor de cabeza desapareció dando lugar a una cólera incontrolable. -Mira como te has puesto, imbécil. Tu vestido asemeja más una red de pesca que un atuendo en sí...- Se intentó incorporar limpiándose la boca, aunque, dada la situación, necesitaría más que una simple pasada de mano para quitar todo ese estropicio de sus carnes. Al mirar al cielo, apreció como los albatros cada vez sobrevolaban más cerca, pero si algo le sorprendió, fue ver como el sol se posiciona más allá del medio día. Llevaba durmiendo demasiadas horas... -¿Se puede saber que sucedió ayer? - Crow se puso de pie, observó su alrededor con gesto de incomodidad y dolor de cabeza y terminó devolviendo la mirada a su compañero. - Entiendo que tiene algo que ver con ese peculiar atuendo que vistes. -añadió redirigiendo la mirada a su cuerpo. -Y también tendrá que ver con mi escasez de ropa, ¿verdad?- No obtuvo respuesta directa por parte de Niril. El semielfo simplemente mostró un rostro apagado rebosante de incertidumbre.

Se encontraban en un puerto marítimo lleno de vida. Los marineros cargaban todo tipo de cajas en los navíos. Los gatos se acercaban a la mínima oportunidad con el fin de llevarse algún bocado. Aquellas manadas de aves sobrevolaban los cielos despejados esperando la mínima oportunidad para descender. El calor era casi insoportable si no fuera por la agradable brisa marina que inundaba las cavidades nasales de un fuerte olor a pescado. Reconocía perfectamente que se encontraba en el famoso puerto de Veraz, solo que, a pesar de recordar como la mañana anterior los tres habían desembarcado en la costa, no lograba atar los cabos suficientes para dar una explicación lógica a dicho despertar.

A su espalda se encontraba una taberna cerrada, "El Pez Escarlata". -El pez escarlata...- Murmuró al mismo tiempo que leía el desgastado cartel. En ese momento se le iluminaron los ojos. -Mierda, creo que ayer nos pasamos con el hidromiel, Niril. ¿Sabes dónde está mi ropa?- Por mucho que buscara entre las robustas cajas de los laterales solo observaba restos de pescado y cuerdas a medio amarrar. -Joder, joder, joder... Serena nos va a colgar en la plaza.-

Su acompañante, tras secarse los ojos, se colocó bien el vestido y le otorgó un pequeño pañuelo azulado. -Lo siento, solo recuerdo que unos enanos nos invitaron a unas rondas de más.- Niril parecía llevar un poco

más bien el malestar de la noche anterior.- ¿Por casualidad recuerdas algo de un combate de bestias?- Todo eran preguntas y pocas las respuestas que disponían. Necesitaban esforzarse un poco más para llegar a la conclusión deseada.

Crwo cubrió su entrepierna con el pañuelo, le quedaba demasiado pequeño, aunque dada la situación, tenía problemas más graves por los que preocuparse. Exhibir parte de la nalga derecha no suponía inconveniente alguno comparado con todo lo demás. -Joder, esto parece más serio de lo que pensaba.- Intentaba recordar la noche anterior pero solo conseguía nublar más su pequeña mente. -Por cierto, ¿dónde está Dodrian?- Terminó por preguntar.

Entre la multitud, una grave voz exaltó. -¡Alto, vosotros dos!- Parecía que alguien se acercaba por las callejuelas del puerto, desde esa distancia no se podían percibir quién era o quiénes eran...

Crow parecía que no escuchó al individuo por culpa del sonido de las mareas rompiendo en el puerto. Se acercó al agua cansado de forzar su mente y suspiró profundamente. En ella se apreciaba cómo flotaban las tripas de pescado. Se arrodilló con cuidado, mojó la cabeza para refrescarse ignorando las entrañas putrefactas y lavó su cabello oscuro y grasoso con cierta brusquedad.

Mientras tanto, Niril giró la cabeza, observó atentamente y distinguió un grupo de humanos vestidos con armaduras plateadas y negras acercándose a un ritmo acelerado. Todos los marineros y comerciantes les dejaban paso y observaban de reojo la situación. -Crow, mira. Parece que Serena ha mandado una escolta para ayudarnos.- Sonrió con alegría y empezó a levantar el brazo con entusiasmo. -¡Aquí! ¡Estamos aquí!- Por fin este caótico despertar llegaba a su fin.

Su acompañante, tras oír sus palabras llenas de euforia, secó con las manos su rostro escurriendo su espesa barba, abrió los ojos y admiró la escolta que se acercaba hacia su posición. Rápidamente se percató que no parecían nada amigables. -¿Cómo narices sabía Serena que necesitábamos ayuda?- Su voz expresaba dudas, era raro que Serena comandara las tropas de hierro y no las de oro.

-Tal vez... Dodrian al despertar y no encontrarnos pidió ayuda.- Cada vez Niril estaba menos seguro de lo que sucedía.

-¿Dodrian pedir ayuda? Tu padre será muchas cosas, pero te aseguro que

ser un ciudadano ejemplar no es una de ellas...- Los guardias casi estaban delante de ellos, sujetaban con fuerza el mango de las espadas sin desenfundar. -Esto no pinta bien.- Añadió preocupado. Se apresuró en levantar el trasero y dar la mejor imagen que podía, aunque dada la situación, parecía tarea perdida. -Por precaución déjame hablar solo con los guardias.- Se mentalizó y se preparó para razonar con ellos. -Que los dioses se apiaden de nosotros...-

Los soldados de hierro rodearon la zona, desenfundaron las armas y guardaron posición. Entre ellos destacaba uno con una armadura un poco más ornamentada. Era un elfo de medianoche. Su larga y negra melena acompañada de su pálido tono de piel lleno de cicatrices imponían respeto. En dicha armadura se apreciaba un curioso nombre estampado en la hombrera, "Elwins, mano de hierro".

"De todos los capataces, tenía que ser él..." Crow se percató enseguida que esto no iba a salir bien. Conocía ese nombre y no por sus buenas acciones. Ofreció una reverencia como modo de respeto acompañada de una agradable sonrisa. -Vaya, así que tú eres Elwins. Que gusto conocerlo, aunque no sea de la forma más adecuada.- Mostró una sonrisa falsa esperando una reacción amigable.

Dejó de sujetar su espada, no parecía tener miedo de los dos borrachuzos. -Arrestados, son ellos, imputables delitos por desorden público, tráfico de criaturas mágicas y además, por lo que veo, de exhibicionismo...- No mostró rasgo de empatía, solo se centraba en cumplir su deber.

Su rostro se desmoronó dando lugar a una larga cara disgustada y asustada. Sabía que se había metido en un grave problema. -Espera, espera, espera. Tiene que ser un error. Soy Crow y él es Niril, somos conocidos de Serena.- Elwins por fin prestó atención a los dos sujetos. Su mirada solo transmitía desprecio hacia ellos. -El caso es que anoche se nos fue de madre y apenas recordamos nada de lo sucedido.- Cada vez estaba más nervioso. -Pueden refrescarnos un poco la memoria y explicarnos a qué se refieren con...- Miró de reojo a Niril a ver si le ayudaba a salir de esa situación, pero el semielfo no abrió la boca como le había ordenado antes. Al no tener respuesta, volvió a centrarse en los guardias. -Has dicho... ¿Tráfico de criaturas mágicas?-

Empezó a mover la nariz y a parpadear sin control. -Despreciable, además de delincuentes, ¡Embusteros!- Elwins subió el tono de voz. Todos alrededor se detenían a ver el espectáculo. -Serena nunca se juntaría

con... Con lo que se supone que seáis.- Giro la mirada a sus compañeros. - Añadid mentir a la autoridad a su lista de delitos.- Los guardias se dispusieron a cumplir órdenes y se acercaron a los dos desafortunados amigos para detenerlos.

Niril solo observaba lleno de miedo a los soldados, no establecía resistencia alguna. -Lo siento...- Sabía que sus disculpas no valían de nada pero no tenía mejores ideas en mente. -Lo siento, lo siento, lo siento...-

Crow, por el contrario, retrocedió poco a poco con los brazos levantados. - Espera, espera, espera un poco más. Esto se está desmadrando. Llévanos ante ella, seguro que se lo explicará con calma.- Sabía que esto no iba a terminar nada bien.

-Llévenselos y encerrarlos de una jodida vez. tras la marcha de las tropas doradas, pensaremos un castigo justo por sus fechorías...- Dio media vuelta y observó cómo en cuestión de segundos, se había formado un coro enorme de todo tipo de comerciantes y mercaderes. Poco tardó en dirigir unas palabras a los curiosos marineros. -¿Qué pasa? ¿Alguno tiene algo que decir?- Todos guardaron silencio. -Eso es, panda de borrachos, volved al trabajo.- Se notaba que no guardaba amistad alguna con el entorno. - Putos marineros... siempre bebiendo...- Susurro a mala gana. Por suerte nadie lo escuchó.

Niril empezó a sollozar como un cachorro tras ser arrebatado de su madre. No aguantaba tanta presión. -Otra vez a los calabozos no...- Sus quejas de nada sirvieron, al contrario, los guardias encontraron graciosa su inocencia y vulnerabilidad.

Crow guardó silencio y cooperó con el arresto sabiendo que si hablaba más saldrían aún peor perjudicados. "Maldito Dodrian. Seguro que todo es por su culpa." Pensó mientras esposaban sus gruesas muñecas. "Si salgo de esta... Esta vez necesitaré más de dos jarras para ganarse mi perdón..." No podía dejar de pensar en el escurridizo elfo, que sin gracia alguna, había vuelto a desaparecer justo cuando todo se empezaba a desmoronar. -¿Dónde coño se habrá metido esta vez?- Preguntó en voz baja mientras los marineros observaban asombrados como el peludo borrachuzo se paseaba por el paseo marítimo sin apenas predas de vestir. -Por que siempre sucede lo mismo...-